

SERMON PARA EL DIA DIEZ Y NUEVE.

El verdadero apoyo de la dignidad del hombre es la humildad, y el de su libertad la obediencia.

*Post te curremus in odorem
unguentorum tuorum.*

En pos de ti corremos al olor de tu
ungüentos.

CANT. I.—5.

Dos grandes virtudes venimos hoy á aprender en la escuela de nuestra Madre Santísima Maria, A. H. M.; y las llamo grandes, ya por las inmensas ventajas que el ejercicio de ellas ha de proporcionarnos, ya porque están en contradicción con los dos grandes males que registra la historia de la humanidad, y que en nuestros dias están produciendo todas las perturbaciones y desgracias que lamentamos. Esas virtudes son la humildad y la obediencia, en oposicion al orgullo y á la rebelion, ó desobediencia.

María, que «ha escedido en riquezas espirituales á todós las criaturas,» como leemos en nuestros libros sagrados, sobresale mas particularmente en las virtudes de la humildad y de la obediencia, pudiendo decir sin temor de ser desmentidos, que su vida toda no ha sido otra cosa que una manifestacion continuada de esas hermosas y celestiales virtudes, y por lo tanto un modelo perfectísimo de ellas, que debemos esforzarnos en copiar: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Nacida la Virgen Santísima de la famosa tribu de Judá, descendiente de patriarcas y de reyes, y de la raza esclarecida de los profetas, por el solo derecho de su nacimiento debiera vivir en la opulencia de Jerusalem; su humildad, empero, la hace habitar lejos de la pátria de David su glorioso ascendiente, en una olvidada aldea de la tribu de Zabulon tan menospreciada de los judíos que habia venido á ser un proverbio antiguo en Israel que «nada bueno podia salir de Nazareth.» María sabia tambien los altos destinos para que habia nacido y que el Señor le habia comunicado por la divina revelacion, por sus admirables éstasis, y aun directamente por su arcángel; sin embargo el velo de su humildad ocultaba esas glorias, y no sabia darse otro nombre que «la de esclava del Señor.» Lejos de engreirse con los singulares privilegios con que el cielo la enaltecía, los oculta por su humildad hasta el punto de que se la reconozca por Madre de Jesus, no fuera que de esta manera la tributaran alabanzas que el menosprecio de sí misma rechazaba. ¡Ah! no parece sino que cree perder algo delante de Dios en proporcion de lo que pudiera ganar delante de los hombres. Así es que ni cuando responde al mensaje del arcángel san Gabriel; ni cuando llega á la casa de su prima Isabel; ni cuando halló á su Hijo en el templo, siendo todavía niño; ni cuando reclamó de Jesus un acto de su omnipotencia en favor de los esposos de Caná, se glorifica de llamarse la Madre de Jesus, y esto no puede menos de ser admirable á nuestros ojos; porque «ser humilde sin méritos es una necesidad; ser humilde con algunos méritos es virtud; pero ser humilde en la posesion de todos los méritos, es el milagro de la gracia,» ha dicho un escritor, y María fué este milagro.

De la humildad de María á su obediencia no hay mas que un paso, y este lo dió la Virgen Santísima sin la violencia con que los hijos pecadores de Adan suelen darlo para entrar en la senda de los divinos mandamientos. Por esto

nuestra bendita Madre aceptó siempre en silencio todos los preceptos y todas las amarguras contrarias á su posición y dignidad. Desligada completamente de la gloria mundana hasta aborrecerla, María se considera dichosa si puede imitar, siquiera sea imperfectamente, al que deja los esplendores del cielo para venir á hacer, «no su voluntad, sino la voluntad de su eterno Padre que lo ha enviado:» su corazón inmóvil y espontáneamente en las aras de la obediencia, se somete siempre sin repugnancias, antes bien con indecible complacencia, á la voluntad divina; y porque así sucede obedece á sus padres Joaquín y Ana hasta en sus más ligeras indicaciones, y practica cuanto se le prescribe en el templo, y acata el edicto de Augusto que manda el empadronamiento de los hijos de Israel, y marcha hacia Belén, y somete á Jesús á la ley de la Circuncisión, y se somete Ella misma á la de la purificación de las madres después del parto en Jerusalem; y sacrificando sus más puras y santas afecciones, sube con Jesús hasta la cima del Calvario, obedeciendo al deber de madre, y más que á este al que le impone su cualidad de Corredentora del linaje humano.

¡Qué bellos ejemplos de humildad y de obediencia para nosotros, A. H. M.! Arrastrados por nuestra soberbia, pensamos equivocadamente que nuestra dignidad se rebaja ejerciendo la humildad; é infatuados por esa misma soberbia en la que tuvo origen toda pérdida,» según frase de Tobias, osamos levantar nuestra frente hasta el cielo para desconocer nuestra dependencia de Dios; y creyendo con error que mortificamos nuestra libertad, sacudimos el yugo de la obediencia que nos hace dichosos, contrariando de este modo las enseñanzas de nuestra Madre Santísima.

En evitación, pues, de los males que han de seguirse, y se siguen, alimentando tan funestos errores, y debiendo, como debemos, imitar la conducta de María, modelo de todas las virtudes, yo quiero hacerlos ver: que la humildad cristia-

na es el más firme apoyo de vuestra dignidad de hombres; así como la virtud de la obediencia es el apoyo seguro de nuestra libertad humana: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Madre mía, alcanzadnos las gracias que nos son indispensables para que aprendamos de Vos las santas virtudes de la humildad y de la obediencia que habeis practicado en grado eminente y heroico sobre la tierra, ya para que comprendamos nuestra dignidad y no la profanemos con el orgullo, ya para que sepamos ser libres bajo el suave yugo de la ley de vuestro Hijo divino; pedidle esas gracias y dignaos aceptar la expresión de nuestra devoción en las palabras del ángel que os dirigimos:

AVE MARÍA.

I.

La palabra insensata de la serpiente, A. H. M., cuya cabeza ha aplastado María con planta poderosa, dirigida á nuestros primeros padres en el paraíso, prometiéndoles que serian dioses, haciéndose soberbios, resuena todavía hoy expresada en todos los tonos para enaltecer la dignidad humana, según se dice, y levantar al hombre á una altura que lo asemeje á Dios: *et eritis sicut dii.* No escuchad por Dios esa palabra, porque escuchándola se habrán de exacerbar vuestros dolores, se habrá de rebajar vuestra dignidad, y se acrecentará sin duda ese cortejo de males sin cuento que ha legado en funesta herencia nuestro primer padre á su posteridad por su inconcebible orgullo. Si ambicionais grandeza, si buscáis gloria, si sois celosos de vuestra propia dignidad como hombres y como cristianos, escuchad á nuestro divino Maestro Jesús que «es el camino, la verdad y la vida,» el cual teniendo en su presencia un niño nos ha dicho: «Cualquiera que se

humillare como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos:» *quicumque humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno caelorum.* Y es, A. M., que la humildad comunica al hombre la abundancia de las gracias, la abundancia de las buenas obras y de los méritos, y la abundancia de la gloria, y estos dones son la verdadera dignidad del hombre, como lo fueron para María que tan cumplidamente la practicó, y de quien la debemos aprender: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Aunque para encomiar la humildad, A. H., no tuviéramos mas testimonio que el de nuestro divino Maestro Jesus, que nace en humilde establo, que vive en humilde taller, y muere en la humildad de la cruz, bastaria este para comprender la grandeza de esa virtud que el mundo no ha conocido, y la abundancia de gracias que ella comunica para enaltecer nuestra dignidad. «Aprended de mi que soy manso y humilde de corazon, ha dicho este Señor, y hallareis reposo para vuestras almas:» *et invenietis requiem animabus vestris.* «Aprended de mi, dice S. Agustin, comentando estas palabras, no á fabricar un mundo, no á crear todas las cosas visibles, no á hacer milagros y resucitar los muertos, sino á ser mansos y humildes de corazon: *mitis et humilis corde.* ¿Quieres ser grande? comienza por ser pequeño; ¿piensas construir un edificio de grande altura? piensa primero en el fundamento de la humildad:» *de fundamento prius cogita humilitatis.* Ved, pues, como condena nuestro divino Maestro las necias pretenciones de la soberbia humana para realzar la dignidad del hombre. ¡Ah! esto no es, ni puede ser grande si no tiene por pedestal de la grandeza la humildad. Y es porque á los humildes ha prometido el Señor la santa paz, el descanso que anhela nuestra alma en sus incesantes y nunca satisfechas aspiraciones: *et invenietis requiem animabus vestris.* Y es porque á la humildad están vinculadas aquellas gracias de que carece el soberbio, y no se conceden al

que pretende ensalzarse sobre los demás. Así lo ha dicho nuestro divino Salvador: «Todo el que pretendiese sobresalir entre los demás con insensato orgullo, este será abatido; así como aquel que se humilla será ensalzado:» *qui se humiliat exaltabitur.* Por esto sin duda el Principe de los apóstoles decia: «Inspiraos la humildad los unos á los otros, porque Dios resiste á los soberbios, y da gracia á los humildes:» *humilibus autem dat gratiam,* y gracia indefinida para que se entienda que da toda la gracia, la abundancia de todos los dones. Así es que para los humildes siempre hay audiencia en el palacio del gran Rey, «á quien siempre agradó la oracion de los humildes» segun la espresion de Judit. Y «donde está la humildad, allí esta la sabiduría,» leemos en los Proverbios. Y en el Eclesiástico se nos dice: «cuanto mayor eres, humillate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios; porque el poder de solo Dios es grande, y de los humildes es honrado:» *et ab humilibus honoratur;* concluyendo por decir S. Juan Climaco que «la humildad es el tesoro inefable de las riquezas de Dios » Meditad si esta virtud es el apoyo de la dignidad del hombre por las gracias que comunica Dios por ella. Es tambien el apoyo firmísimo de esa dignidad por la abundancia de las obras y de los méritos que la misma virtud comunica.

¿Qué seria, A. H., de la dignidad del hombre sin la práctica de las buenas obras, sin el ejercicio de las virtudes? ¡Ah! sin estas esa dignidad no existe. El pecado es la degradacion humana, y el hombre que lo comete se ha envilecido delante de Dios y delante de los hombres; ha desaparecido con la pérdida de la gracia toda su grandeza, todo su esplendor, y hermosura: *egressus est á filia Sion omnis decor ejus.* Pues sabed una vez para siempre que no hay virtud posible sin la humildad, porque ella es el fundamento de todas. Dadme un hombre verdaderamente humilde, y yo os daré un hombre ilustrado por la fe que exige precisamente

la sumision del entendimiento para creer misterios incomprendibles, sumision que no se concibe sin la humildad. Dadme un hombre humilde, y yo os daré un hombre piadoso, pues la piedad exige que nos anonademos en la presencia de Dios. Dadme un hombre humilde, y yo os daré un hombre penitente, pues sabido es que no hay verdadera penitencia sino en tanto que nos humillamos de nuestros pecados. Dadme un hombre humilde, y yo os daré un hombre caritativo, porque la caridad, que descende hasta tocar las miserias humanas para remediarlas, que perdona las humillaciones y los agravios que recibimos, que se hace todo para todos, no se encuentra sino donde se halla la humildad. Dadme en fin un hombre humilde, y yo os daré un hombre paciente en los trabajos, afable en el trato con los demás, sóbrio en los placeres, justo y tolerante en sus apreciaciones, os daré un hombre que practique el bien sin jaetancia, que acumule obras de santificacion sin buscar los aplausos de los hombres, y que persevere en la justicia que recibe, porque su humildad lo preservará de las instigaciones del amor propio, y de los peligros de la vanagloria. No busqueis, pues, en la soberbia el sosten de vuestra dignidad, sino en la humildad que os eleva sobre vosotros mismos cimentando sólidamente las virtudes en vuestro corazon. No es estraño ya que nuestra excelsa Madre María nos haya dicho en su magnífico cántico: «Porque el Señor miró la humildad de su esclava me dirán bienaventurada todas las generaciones.» Tal es el fundamento de las grandezas de la Madre de Dios: *quia respexit humilitatem ancillæ suæ; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

¡Y cuánta gloria tambien nos procura á nosotros la humildad cristiana, A. H. M.! En tanto que el orgulloso merece el menosprecio de los hombres y la indignacion de Dios que «destrona á los poderosos, y ensalza á los humildes,» como nos ha dicho nuestra bendita Madre, y merece esa in-

dignacion y ese menosprecio porque en su necia soberbia engendra, y lleva á cabo la adulacion y la falsa modestia, el endurecimiento del corazon y la hipocresia, los excesos del lujo y la envidia, los celos, la cólera, el rencor y la venganza, y produce las guerras que diezman á los pueblos, y las revoluciones que conmueven las sociedades, y las sectas, los cismas y las heregias que afligen y destrozan á la Iglesia, mancillando de este modo la dignidad humana llamada á muy altos destinos, el humilde se conquista el amor, el respeto y las consideraciones de sus hermanos, y la indulgencia, la predileccion y la gloria de Dios que lo bendice desde la altura de su trono celestial.

«Humillaos en la presencia del Señor, dice á este propósito el apóstol Santiago, y Él os ensalzará,» ora en esta vida con los ricos y preciosos dones de su gracia, ora en la otra con los bienes inefables de su eterna gloria: *humiliamini in conspectu Domini, et exaltavit vos.* Y en los Proverbios sapientísimos de Salomon se dice que «al soberbio le sigue la humillacion, su misma soberbia será la que le abata y haga despreciable á todos; pero al humilde de espíritu lo recibirá la gloria:» *superbum sequitur humilitas; et humilem spiritu suscipiet gloria.* Y el Apóstol, escribiendo á los de Philippos, nos da la mas elocuente enseñanza para empeñarnos á seguir la humildad, poniéndonos á la vista la gloria que esta virtud mereció á nuestro Señor Jesucristo en cuanto hombre, pues nos dice: «El mismo sentimiento haya en vosotros que en Jesucristo, que siendo Hijo de Dios é igual á Dios, se anonadó á sí mismo tomando forma de esclavo; se humilló á sí mismo hecho obediente hasta la muerte; por lo cual Dios lo ensalzó y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesus se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos:» *ut in nomine Jesu omne genuflectatur cælestium, terrestrium, et infernorum.*

¡Quiera el cielo que comprendamos, H. M., que la humildad es el verdadero apoyo de nuestra dignidad verdadera á fin de que siendo humildes nos hagamos dignos de nosotros mismos y aceptables á nuestro Dios! Veamos ahora que la virtud de la obediencia es tambien el apoyo de nuestra verdadera libertad, para que á ejemplo de Maria Santisima la practiquemos y seamos libres: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

II.

Quizá en ningun siglo se haya hablado tanto de libertad, A. H., como en nuestro siglo, y quizá tampoco se haya entendido de una manera mas torcida y vituperable que en nuestros dias. Y es lamentable en verdad esta mala inteligencia, porque así se trueca la idea de la libertad verdadera, que es un don precioso de Dios hecho á los hombres para que obren el bien y se aparten del mal, y por ello merezcan las eternas recompensas, con otra idea de falsa y abominable libertad injuriosa á Dios, y altamente perjudicial al hombre. Los fundamentos de este error trascendental, que lleva la inquietud al corazon, que perturba la familia, que agita los pueblos, y hace estremecerse las sociedades con fuertes y terribles sacudimientos, consisten en que la libertad se confunde con una independenciam absoluta y desastrosa; consisten en que el hombre, por haber nacido libre, se cree desligado de toda obligacion, esento de todo deber, emancipado de toda autoridad, y por consiguiente persuadido de que no debe practicar la santa y nobilísima virtud de la obediencia. ¡Ya se ve se le habla constantemente de derechos, y nunca se le recuerdan sus deberes; se enaltecen los fueros de su libertad hasta la exageracion, y se deprimen los de la obediencia, llamándola servilismo y tiranía; sin

tener en cuenta que lo que son fueros en el lenguaje seductor y apasionado del filosofismo, son desafueros en el idioma paternal y desinteresado de la religion. Necesario es, pues, que, sin lastimar los fueros de la verdadera libertad, hagamos valer los de la obediencia, porque esta es ciertamente el apoyo mas firme de aquella, segun el orden establecido por Dios, orden que no puede alterarse sin que se agiten todos las malas pasiones, y se conmuevan los cimientos del orden civil, moral y religioso.

¿Qué es, pues, la obediencia, A. H., ese sentimiento nobilísimo que tanto alarma á los que se dicen defensores de la libertad? Segun Santo Tomás de Aquino, la obediencia es una virtud moral «que hace á la voluntad del hombre pronta para ejecutar la voluntad de otro, principalmente del que manda.» El origen de esta virtud, como el de todas las virtudes, no es, no puede ser otro que el cielo «de donde procede todo don perfecto;» y considerada en sí y en su objeto no es mas que una, ora se la llame civil, ora eclesiástica, ora doméstica, segun el origen del precepto que la impone, «porque no hay potestad que no venga de Dios, ha dicho S. Pablo, y las que hay Dios las ha ordenado; por lo cual el que resiste de cualquiera manera á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios:» *itaque qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit.* Por esto el mismo apóstol, recomendando esa virtud, que nuestro celestial Maestro practicó «hasta someterse á la muerte:» *factus obediens usque ad mortem*, encarga á su discipulo Tito amoneste á los fieles de la isla de Creta, de quienes era obispo, «que estén sujetos á los principes y á las potestades, y que les obedezcan,» en cuyas palabras encontramos preceptuada la obediencia civil; *admone illos principibus, et potestatibus subditos esse, dicto obedire.* Escribiendo á los hebreos les dice: «obedeced á vuestros prepositos, á vuestros superiores y estadles sumisos; porque ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas:» y aquí ve-